

PUEBLA DESPUES DE MEDELLIN

Cada vez es más evidente la importancia que tuvo Medellín para la historia de la Iglesia latinoamericana y aun para la Iglesia universal. Medellín no se redujo a producir una serie de documentos sino que despertó efectivamente un dinamismo, que ha transformado profunda y ampliamente la realidad y la faz de la Iglesia en América Latina. Ello se ha debido a que Medellín acertó a descubrir con gran originalidad por dónde iban los anhelos y las necesidades de los pueblos latinoamericanos y por dónde iba el soplo del Espíritu, que hace nuevas todas las cosas.

Diez años después de Medellín se convocó la reunión de Puebla. En estos diez años la situación socio-económica de los países latinoamericanos ha empeorado, al menos por lo que toca a las mayorías empobrecidas del continente; ha empeorado también la situación política en virtud de una creciente militarización de los Gobiernos y un recrudecimiento de la represión. El empeoramiento alcanzó a la Iglesia, que se vio perseguida cuando quiso ponerse más decididamente en favor de la justicia y de la liberación de los oprimidos. La Iglesia, alentada por Medellín, se convirtió en una de las pocas instancias que hizo frente a la nueva situación represiva. Por ello las clases dominantes y los Gobiernos de Seguridad Nacional se movieron para frenarla, ora por la adulación ora por la represión. Y trabajaron para que en la nueva reunión de Puebla, la Iglesia volviera a sus cauces antiguos, como si Medellín hubiera sido una pesadilla.

También por parte de algunos eclesiásticos hubo claros intentos de moderar los ímpetus de Medellín. Apoyados en algunas exageraciones, más prácticas que teóricas, quisieron limitar no esas exageraciones sino el nuevo espíritu. Este nuevo espíritu se plasmaba en dos grandes realizaciones: una cada vez más vigorosa Iglesia de los pobres y una teología de la liberación cada vez más elaborada y significativa. El impacto de estos dos logros fundamentales se dejó sentir no sólo en nuestro continente sino en la Iglesia universal. Nunca se había hecho sentir tanto la Iglesia latinoamericana. Y muchos tuvieron miedo. Miedo de que la Iglesia se resquebrajase internamente por el dinamismo suscitado y miedo de que perdiese su status. Algunos, mejor intencionados y peor informados, pensaron y temieron que el proceso pusiese en peligro valores fundamentales del Evangelio.



La Iglesia más comprometida, por su parte, hubiera deseado que Puebla, supusiese un nuevo avance, cualitativamente tan importante como había sido el de Medellín. Su praxis cotidiana y el acervo de su reflexión parecían exigir un nuevo espaldarazo. Esa praxis y esa reflexión habían avanzado en la línea misma de Medellín, pero sus pasos eran nuevos.

Los organizadores de Puebla, conducidos por el secretario general del CELAM, no estaban a favor de esta Iglesia más comprometida sino más bien en contra. Echado a andar el proceso en los últimos años del pontificado de Pablo VI, cuando ya su dinamismo había disminuido notoriamente, manejado ese proceso para que no participasen en él los teólogos y los obispos más representativos del espíritu de Medellín, se habían preparado unos documentos que no respondían ni a las necesidades ni a las expectativas de los cristianos más comprometidos. Se trabajó para que Juan Pablo II no postergase la reunión de Puebla, no fuera a suceder que ese postergamiento pusiera de manifiesto los fallos teológicos de los trabajos previos y los fallos eclesiales de la organización. Se había hecho todo esfuerzo por excluir de la reunión a los teólogos más reconocidos del continente, a los expertos más cualificados y se la había llenado de invitados que en su mayoría, no sentían como algo propio las angustias y los problemas de una Iglesia que lucha por la liberación integral de los pueblos. Por poner un ejemplo, que toca de cerca a la Iglesia centroamericana, como representación de los seglares de Guatemala fue invitado un conocido abogado del capital criollo y transnacional y como representación del clero salvadoreño un sacerdote que ciertamente no era ni es representativo de los sacerdotes nacionales.

A pesar de todo, Puebla no ha sido ni una condena de quienes representan la vanguardia de Medellín --mucho menos una condena de Medellín como lo pretendían nuestras oligarquías y nuestros regímenes de Seguridad Nacional-- ni siquiera un paso atrás. Y no lo ha sido, a pesar de que se buscaron las circunstancias más aptas para conseguirlo. ¿Por qué no se ha dado ese paso atrás?

Medellín es irreversible. Fue un Pentecostés cristiano en que se conjugaron una vez más la voz del Espíritu y la voz del pueblo oprimido. Juan Pablo II aun sin conocer todavía a fondo y auténticamente la realidad de la Iglesia latinoamericana no es fácil de manipular. Buena parte de la jerarquía latinoamericana, especialmente la brasileña, es una jerarquía que vive con su pueblo. Y, sobre todo, la voz de la realidad es tan resonante y la voz del Evangelio tan clara, que es imposible hacerse completamente sordos a sus clamores.

Ciertamente Puebla no ha representado un avance sobre Medellín. Esto no debe atribuirse tan sólo al modo como fue organizado. Debe atribuirse también al hecho de que el tremendo





avance de Medellín no está todavía debidamente asimilado; diez años en nuestro continente no son suficientes para que la nueva luz de Medellín se convirtiese en vida universal. Hubiera sido prematuro lanzar a la Iglesia hacia tareas nuevas sin haber logrado todavía una suficiente consolidación de las puestas en marcha por Medellín. También era necesario un examen crítico sobre los posibles errores cometidos.

Puebla, en consecuencia, no ha abierto nuevos caminos, pero de ningún modo ha cerrado los abiertos en Medellín. Es, si se quiere, la última oportunidad eclesial que se da a los que no aceptaron ni en su corazón ni en sus prácticas pastorales lo propuesto por la Iglesia latinoamericana hace ya diez años. Así deben comprenderlo los más avanzados para no desanimarse. Era prudente desde un punto de vista pastoral acomodar el paso y tener paciencia con quienes no han podido caminar más ligero. En Puebla el discípulo más joven ha esperado al más viejo para entrar juntos en el sepulcro. No ha sido cuestión de edades o de jerarquías; ha sido cuestión de mayor o menor espíritu cristiano. Pero de aquí en adelante apenas si se puede esperar más. Ya no podrá hablarse de Obispos, sacerdotes o fieles que están contra Medellín; si lo están en la teoría o en la práctica, es que están fuera de la Iglesia latinoamericana. La conflictividad, la sana conflictividad de la Iglesia, debe quedar reducida a la que se dé entre quienes desean caminar más rápidamente y los que desearían un paso más lento.

Para positibilizar, tal vez dentro de otros diez años, un nuevo Pentecostés como el de Medellín, lo que se requiere, en primer lugar, es asimilar Puebla; esta asimilación supone que los más rezagados se sumen a la marcha y supone también que los más avanzados tengan en cuenta las preocupaciones que suscitan en los demás. Lo que se requiere, en segundo lugar, es una solidificación y un avance en las dos corrientes más vigorosas de la Iglesia latinoamericana: la Iglesia de los pobres y la teología de la liberación.

La Iglesia institucional que vive del Evangelio no tiene nada que temer de lo que en América Latina se entiende por Iglesia de los pobres. La Iglesia de los pobres no es antijerárquica ni deja de lado el Magisterio; no es tampoco exclusivista. Pero sí toma en serio la preferencia de Jesús por los pobres y toma en serio lo que importa en América Latina la materialidad de la pobreza para poder ser pobres de espíritu. Cuando Juan Pablo II y Puebla hablan de la preferencia por los pobres, están respaldando el movimiento de una Iglesia, a la que le queda mucho por caminar para que esa preferencia sea efectiva. Por su parte la Iglesia de los pobres tiene que evitar excesos y atender las voces que la alertan, cuando no son voces nacidas de intereses poco evangélicos.

La teología de la liberación, en máxima cercanía con la Iglesia de los Pobres, tiene ante sí una enorme tarea. Pasada ya su etapa de gestación, reconocida internacionalmente como uno de los esfuerzos teológicos más serios y necesarios de la actualidad, debe dedicar mucho trabajo, mucha creatividad para repensar la totalidad de la fe y la totalidad del hombre a la luz de este lugar teológico que es América Latina. Lo necesita nuestra Iglesia, lo necesita la Iglesia universal. Y lo necesitan nuestros pueblos.

Con todo esto la Iglesia podrá aportar a nuestro continente, lo que éste necesita y espera de la Iglesia. Este continente que se debate entre la vida y la muerte, entre la liberación y la opresión, necesita que la Iglesia se ponga toda entera a favor de la vida y de la liberación y en contra de la muerte y de la opresión. Quiérase o no, es ésta una tarea política, porque es una tarea histórica. Sólo que la Iglesia debe desarrollar esta tarea política, esta tarea histórica, evangélicamente. Este es lo que debe hacer Puebla después de Medellín.

